

Enrique Espinoza

## El humorismo de González Vera



El humorismo, esa constante disposición de ánimo para encarar con una sonrisa de inteligencia el mundo que nos ha tocado en suerte, se da muy raras veces en la literatura de Hispanoamérica. De ahí que sea tan extraordinario el caso del escritor chileno José Santos González Vera, en la forma que lo refleja su exigua obra en circulación: *Vidas Míminas*, *Alhué*, *Cuando era muchacho*.

Nacido en El Monte, un villorrio de la provincia de Santiago, el 17 de septiembre de 1897, sólo aparece inscrito al mes y medio en el Registro Civil, y sin el nombre de su progenitora. De cualquier modo, ella lo cría en el vecino pueblo de Talagante hasta la edad de diez años. Luego, instalada con su marido en la capital, el niño ingresa en el liceo ahora llamado Valentín Letelier, que abandona contra su voluntad, no bien comienza el estudio de las humanidades.

El réprobo debe ganarse la vida en muchos oficios. Primero, como aprendiz de pintor; después, como ayudante de anticuario, mozo de sastrería, etc. Pronto su rica experiencia callejera sobrepasará su orgulloso infortunio.

En 1915, González Vera vive con su madre, viuda ya, en un conventillo de Maruri, la misma calle suburbana en que Neruda descubriría, un lustro más tarde, sus crepúsculos de cobre.

Anarquista o socialista precoz, conoce allí los tormentos iniciales del amor adolescente, junto a los últimos estertores del odio. En los centros obreros de resistencia encuentra los libros del príncipe Kropotkin y se siente agradecido a quien le revela el apoyo mutuo. Algo aprende también de cualquier apóstol indígena.

— Sin mayor bagaje, a instancias del poeta Domingo Gómez Rojas, que al poco tiempo moriría en la cárcel como mártir de la libertad, González Vera ensaya el difícil arte de convencer por escrito. Recurre instintivamente a la prosa y, pequeño filósofo, no tarda en delinear sus futuras *Vidas mínimas*.

Desde la partida, el pensamiento revolucionario se le antoja el más aristocrático, espiritualmente hablando. Vale decir, el menos proclive a los lugares comunes.

Sin embargo, antes de fundar una revista propia "La Pluma", que vende, administra y redacta él mismo, trabaja para el grupo editor de "Selva Lírica", y por consejo de su amigo Juan Gandulfo, arrima después el hombro a "Numen". Allanada esta última por la policía, emprende viaje al sur de Chile.

Mientras se procura el pan, escribiendo en un diario de Temuco, estrecha su amistad con Gabirela Mistral, que dirige allí un liceo de niñas.

En Valdivia, cansado del periodismo, entra de obrero en una fundición situada frente a la hermosa isla Teja.

Vuelto a Santiago, recalca en "Claridad", órgano de ideas renovadoras, que sigue las aguas del núcleo capitaneado en Francia por Henri Barbusse.

Cuando considera ya definitivamente perdido su relato primigenio en el asalto a "Numen", la justicia devuelve intactos los originales al Dr. Gandulfo. Y, tras muchas correcciones, "El conventillo", seguido de "Una mujer", forman el pequeño volumen *Vidas mínimas* ("En el bosque", un tercer relato, queda desechado en la revista de la Federación de Estudiantes: "Juventud").



\* \* \*

De acuerdo con su título, "El conventillo" describe un inquieto santiaguino visto desde adentro. El autor habla en primera persona de sus peripecias cotidianas en aquel ambiente; pero sin confundirse ni confundir a nadie. Opone a lo pintoresco el buceo en las almas; y esmerándose ante todo en ser sincero, logra una visión propia, inédita.

Con su habitual perspicacia de humanista, Carlos Vicuña ha dicho de tales páginas que "denuncian la seguridad concienzuda de un maestro".

Por su parte, Alone afirma en el admirable prólogo que brinda espontáneamente a *Vidas mínimas*:

"Otros escritores, hijos de millonarios, han pintado la vida de nuestro bajo pueblo, clamando misericordia, maldiciendo al rico explotador, derramando un torrente de palabras cáusticas. González Vera no se inmuta, no hace un gesto; el espectáculo le interesa desde más alto, en sí mismo, como partícula de la vida universal".

Exacto. Pero al fin viene a ser más corrosiva esta impasible sobriedad.

Así, por ejemplo, al dueño del conventillo: "un médico fracasado, gordo y colérico", González Vera lo define como "un burgués caritativo por aburrimiento". ¿Qué ataque supera tal eutrapelia?

El espectador de sí mismo toma, sin saberlo quizá, el camino de la *Ética*. No execra ni lamenta la baja condición humana. Sólo trata de comprender.

Cierto que a ratos un tedio devorante se apodera de su espíritu en aquel refugio de todas las promiscuidades. Mas él mitiga su pena observándose y observando cuanto vive y muere a su vista en el inquieto.

La tísica sin remedio, el zapatero borrachín, la mayordoma verbosa, el coleccionista de desperdicios, le merecen páginas de honda penetración psicológica y fino humorismo.

Una fresca muchacha que toca el arpa y canta en el patio, donde algún domingo se baila y bebe de lo lindo, lo atrae y repele de tal modo, que al fin resulta "El conventillo" un humilde romance proletario. Es sin duda, el primero y más perfecto de la literatura chilena contemporánea.

"Una mujer", el episodio en que culmina la juvenil pasión del héroe, integra el mismo romance, que se continúa en Valparaíso, entre anarquistas adámicos y viejas beatas imposibles de idealizar.

Fuera del carácter atrayente de la hembra, que lo es hasta el exceso, aparecen allá en trazos de pluma leve, un veterano y su cónyuge, a quienes debe la hospitalidad el inquieto enamorado; su propio y extraño intento de vender libros de Rubén Darío y Joaquín Edwards Bello en el mercado; los funerales de un joven profesor ácrata en Viña del Mar; y el himno a los pobres del mundo, que otra vez, del brazo de sus compañeros nocturnos, corea por las calles del puerto.

"Un coche —dice— con hombres, mujeres y guitarras pasó rozándonos. También cantaban; pero su canto era egoísta".

Destaco esta reflexión, que no apruebo, en lugar de su admirable retrato del calderero concupiscente o del bravío libertario argentino, sólo porque se ha insistido en la falta de firmeza ideológica o tendencia social en *Vidas Mínimas*.

Lo que pasa es otra cosa. Salvo un montón de puntos suspensivos que, con algunos términos igualmente ociosos, ha ido el autor disminuyendo en ediciones sucesivas, no hay en esta obrita ninguna demasía, ni siquiera humorística.

\* \* \*

En *Alhué* alcanza González Vera la perfección. No muestra ya su sentimiento desnudo en ninguna forma. Se hace impersonal en el sentido aconsejado por Flaubert. Es decir, se identifica del todo con su estilo. Por lo mismo, éste resulta personalísimo.

El hombre que acaba de doblar la treintena empieza nostálgica-

mente a recordar su infancia. Desde luego, no hace ningún elogio idílico de su aldea por haber nacido él en ella. Cambia el nombre de Talagante por el de *Alhué* porque le parece más eufónico y representativo, sin importarle la existencia de un *Alhué* genuino en las proximidades de Melipilla.

No puede, por tanto, aplicársele a González Vera eso que dice Antonio Machado a propósito de un amigo de Mairena, que pretendía convencer al profesor apócrifo de que puesto a elegir el lugar de su nacimiento hubiese indicado el remoto que le tocó y no ningún otro.

Al contrario, en las páginas iniciales de *Athué*, González Vera reflexiona de manera opuesta:

“Quizá optara uno por ser el mismo si le fuera permitido renacer; pero seguramente no querría pasar su infancia en una aldea, porque el espíritu que ahí se plasma es anodino, indefinido y lento”.

La excepción que significa el suyo, extraordinario y a contrapelo, no hace más que confirmar la regla.

El ambiente aldeano, a menos que se tenga la fortuna de abandonarlo a tiempo, acaba por tragarse al más avisado y reducirlo a su gris monotonía.

Contrariamente a los novelistas criollos, limitados a exaltar un paisaje inhóspito, González Vera crea un clima en que cabe algo más humano, aunque menos pintoresco.

El humorista deja en paz a los héroes estereotipados del campo y enfoca otros sin relieve literario de ninguna clase y hasta completamente aburridos.

Véase al monosilábico almacenero Don Nazario y a su digna y anónima consorte. Del primero anota:

“Nunca le abandonaba esa especie de tristeza carnal que vive y permanece en quien no ha conocido más mujer que la propia”.

De la segunda, entre otras cosas, dice:

“Tenía el esqueleto muy escondido en las carnes y el malhumor a flor de piel; pero tampoco hablaba... Y preciso es reconocerlo, en el mutismo residía la desventura conyugal”.

Cualquier frase aislada sirve aquí para dar idea de la pareja. Porque González Vera organiza su pensamiento de modo conciso y lo acuña como una medalla con su anverso y su reverso.

Generalmente prefiere quedarse corto a ser excesivo; y frío antes que febriciente. Pero esto por un pudor bien entendido y no por falta de íntima reacción ante las cosas o por timidez.

Epigramático en cada miembro del párrafo y no sólo en su remate, hay que leerlo y releerlo para descubrir cuanto esconde tras cada giro en apariencia insignificante.

Su chilena, no es nunca el lugar común patriótico de un momento determinado de la evolución nacional o su pintoresca deformación, sino una característica más o menos fija en el curso de varios siglos.

Leyendo atentamente *Alhué*, uno encuentra en germen ideas que luego desarrolla el autor en otras páginas y que son fecundas en sí.

A tal punto es cierto lo que digo, que al término de *Alhué* se tiene la impresión de haber leído más de lo que cabe impreso en el pequeño volumen.

En la literatura de un lado y otro de los Andes no hay ahora un artista que ponga tanto espíritu en tan poca materia.

\* \* \*

Por lo pronto, empezando por "Mi padre", significativa estampa en la que asoma el origen de la vocación del hijo, hay en *Alhué* toda una galería de retratos familiares y muchos que no lo son, como el de Loreto, la curandera.

"Nuestra buena salud no la contrariaba en lo más mínimo", piensa González Vera. Y antes de mostrar en estilo de salmodia la concepción paradisiaca de aquélla, dice independientemente:

"Tenía sobre el cielo ideas exactas".

Como la familia de Sherwood Anderson, la de nuestro amigo hubo de arrendar casi gratuitamente un caserón de mal agüero, habitado por las ánimas, para subsistir en el pueblo.

El héroe de tal capítulo es Tristán, el marido de Loreto, un chileno "austero" a quien preocupan sobre todas las cosas los "entierros". También deja profunda huella en su recuerdo "El preceptor bizco", un maestro de corte antiguo cuya efigie traza en una sola línea: "¡Qué excelente carcelero hubiera sido!".

El más explícito paisaje a la oración reza como sigue: "A esa hora las parejas que no querían llegar al matrimonio en estado de perfecta inocencia buscaban el amparo del bosque".

La fuerza de González Vera no está nunca en el paisaje puro. Así, tras pintar su calle como "una jornada de murallones clericales", antropomorfiza, el río y los árboles, como haría después con detenimiento en "El terremoto".

Dedica el capítulo más largo de *Alhué* a "La semana del Señor"; pero hace que se lleve la palma el borrico que arrastra el carro de Judas Iscariote delante de las mujeres "enmantadas e inmóviles".

En "Ismael o el reloj de la pobreza", toma el partido de una saludable viuda sobre cuya casa sueña grabar este poético elogio de Juan Pedro Calou:

"Tiene un firme tesoro debajo del vestido".

El sepulturero Aliste, como cierto auriga de Chejov, acaba por volcar sus confidencias en la oreja del asno municipal.

"Hablaba de la trilla y el infierno como de cosas próximas y convergentes".

¡Qué antología humorística en el mejor sentido de la palabra, podría extraerse de *Alhué*! Sólo una obra del teatro universal como *Nuestro Pueblo*, de Thornton Wilder, da para tanto.

"Sin el menor elemento novelesco, *Alhué* es tan interesante como la mejor novela", escribe Omer Emeth y señala en sus mujeres materia para doscientas cincuenta páginas.

\* \* \*

Entre *Alhué* y *Cuando era muchacho* median por lo menos veinte años, en los cuales González Vera no publica otros libros, aunque trabaja en cuatro a la vez, según su hábito.

*Eutrapelia, honesta recreación*, es el primero. A él pertenece un largo ensayo acerca de las conferencias y los conferenciantes, aparecido en el número 17 de "Babel" bajo el epígrafe bíblico de "La voz en el desierto". Completa el mismo un discurso sobre "La experiencia del escritor" y el proyecto de una religión propia para las horas libres...

El segundo volumen lo forman sus cuentos de aquella revista: "El rabino Benjamín", "La copia", "Extraño expropiador", "Certificado de supervivencia", "El terremoto". Este último le da título.

*Algunos* se llama el tercero: con biografía de Vicente Pérez Rosales, Federico Gana, Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar, etc. Y el cuarto, lo llenan sus *Normas para heterodojos*.

El Premio Nacional de Literatura sorprende a González Vera en 1950 como a Ezequiel Martínez Estrada, uno análogo, veinte años atrás, con la mayor parte de su obra en las páginas de "Babel". Y como *Radiografía de la Pampa*, entonces, *Cuando era muchacho* acaba por tapar la boca de los más desafortados.

Por suerte, la crítica chilena menos remisa, celebra de inmediato este otro fallo excepcionalísimo, según lo tengo registrado al pie de la letra en el siguiente soneto alusivo y circunstancial:

*En el Figón de la Reina Patoja,  
no el de Anatolio sino el de Santiago,  
dió el Premio al fin la Junta heterodoja  
como un estímulo en vez de un halago.*

*¡Qué bien lo explica el de la estrella roja!  
Sólo justicia hicieron al ex vago.  
Muchos colegas lloran su congoja;  
mas otros ríen al primer amago.*

*Latcham salta en seguida con la estampa  
del buen José Santos González Vera  
y Alone elógialo insistentemente.*



*De mi amigo Ezequiel de la otra Pampa  
me acuerdo y de su gran obra señera  
mientras "Babel" renueva su ascendiente.*

De cualquier modo, el público agota más ejemplares de *Cuando era muchacho* en veinte meses que de *Alhué* y *Vidas mínimas* en veinte años. Luego, al preparar la segunda salida de aquel libro (tercera, si se toma en cuenta la de "Babel"), vuelve a ponerlo el autor en la fragua. Y, empezando por los subtítulos, reduce su texto a tal punto, que de seguro, hará la delicia de los eruditos barbados y lampiños.

Como es justo, las referencias que siguen olvidan voluntariamente la edición príncipe.

*Cuando era muchacho* anticipa y resume un concepto sinfónico de la vida. En él orquesta González Vera su partitura de *Alhué* y se diría que pone al margen del tiempo último: *allegro ma non troppo*.

El primero, de un optimismo encantador, reproduce su infancia junto a la madre, un abuelo y muchos vecinos de índole diversa.

El adolescente apenas conoce la escuela pública en Santiago. Pronto se ve obligado a buscar trabajo.

Por los capítulos sobre los distintos oficios que ha intentado ejercer, Manuel Rojas le propuso que titulara el volumen: *Aprendiz de hombre*. Pero a él le pareció más simple: *Cuando era muchacho*.

Alguien, por temor a la propia confusión tal vez, echó de menos el yo en la tapa y se lo agregó generosamente al nombrar el libro. En verdad, no hace ninguna falta. Está siempre tácito, porque González Vera continuamente habla de sí como de un personaje que llevara su mismo nombre. Nunca le atribuye un papel heroico y nunca, tampoco, uno villano.

En un capítulo se refiere a las palabras con que sueña el escritor abocado al diálogo y confiesa que desiste de las más fuertes, temeroso de no usarlas con gracia.

En otro, subraya la importancia de aquellas que retuvo la memoria, por una idea en flor que fructifica cuando menos se piensa.

Como ejemplo, recuerda una pregunta que oyó de niño a un caballeroso zapatero anarquista:

—¿Por qué un lado del monte ha de ser chileno y el otro argentino? ¡El monte es uno solo!

Esta idea le reviene al hombre tras larguísimos años, gracias a cualquier estímulo, para convertirlo en “modestísimo ciudadano del mundo”.

Mas no se trata sólo de cómo uno piensa sino también del tono con que uno se manifiesta en el curso de la vida. Digna de ser destacada particularmente se me antoja esta reflexión sobre la edad que representamos:

“Unos conservan el tono adolescente hasta pocos años antes de la muerte. Otros desde la infancia son adultos”.

González Vera duda de la existencia de sujetos cuyo espíritu siga el de su edad cronológica.

Junto a la estampa del más querido de sus compañeros de infancia, Sergio Atria, evoca en clase a don Emilio Vaisse, su profesor de religión durante un corto período en el Liceo Valentín Letelier.

Otro niño, de cuyo nombre no quiere acordarse, lo acusa innoblemente al famoso fraile. Pero éste, más católico que cristiano, no vacila en echarlo para quedarse con el delator.

¡Ah, si los profesores pudiesen adivinar la encina en la bellota, cuántas cosas podríamos perdonarles! Pero ni siquiera Omer Emeth, que después elogiaría tanto *Alhué*, supo ver la chispa genial en su furtivo alumno iconoclasta.

\* \* \*

Una reseña de cuanto evoca el humorista de *Cuando era muchacho* abarcaría demasiadas páginas. Son tantas sus experiencias de un cuarto de siglo. Acerca de las mujeres, verbigracia, tiene observaciones fundamentales, como para una extensa nota. Mas sólo quiero indicar la delicadeza con que al final de un capítulo alude al amor entre ellas. Una línea como perdida pone al que lee sobre la pista,

poco antes de terminar la historia del zapatero que arrienda un cuarto a dos extrañas costureras.

*Suaviter in modo, fortiter in re*, González Vera no abandona la sonrisa en los trances difíciles. Y así desliza ideas firmes sobre patria y religión donde otros escritores reducen todo a lugares comunes tradicionales.

Testigo irreprochable de su tiempo, refleja honradamente su pasado anarquista y escapa de lo anecdótico a lo reflexivo sin esfuerzo visible.

Hablando de sus tempranos compañeros de lucha en Santiago, escribe:

“A veces me espanta recordar la infinidad de jóvenes que conocí y que fueron muriendo entre los quince y los veinticinco años. Un chileno pobre que llega a la madurez debería ser pensionado”.

Tal vez más de un libro como *Cuando era muchacho* no se ha escrito porque, aun vencidos los obstáculos materiales, su posible autor no conoció el adecuado y oportuno estímulo. González Vera tampoco lo halla entre los graves caballeros cuyos zapatos lustraba, según él mismo cuenta, en el Club de Setiembre; pero sí entre algunos trabajadores anarquistas y muchos estudiantes universitarios de su tiempo (antes de conocer, naturalmente, a las altas personalidades de la intelectualidad chilena que admiraba desde su anonimato).

Por tanto, además, de los apuntes al natural de numerosos jefes obreros y estudiantiles, pasan por las páginas de su libro Pedro Prado y otras grandes figuras literarias. Y, dentro de los límites del arte narrativo, se reflejan los más ricos matices del pensamiento social contemporáneo.

No se ha hecho bastante hincapié, que yo sepa, en este aspecto de *Cuando era muchacho*. González Vera confía demasiado en el entendimiento de sus lectores y por lo mismo usa pocas palabras explicativas y menos profesoraes. De ahí la necesidad de los comentarios que creía superfluos Virginia Woolf.

Es cierto, el espíritu del autor está patente de alguna manera en

todo lo que habla y escribe; pero no siempre resulta fácil imaginárselo de acuerdo con la realidad.

Alone, que tiene mucho sentido de clase, pregunta desconcertado, de dónde le viene a González Vera ese aire de príncipe. Y asegura que no de *Alhué*, precisamente. Sin embargo, ¿por qué no puede venirle de allí? ¿Acaso no sacó del *ghetto* ese mismo aire de príncipe Scholem Aleijem, el finísimo humorista judío que tanto admira el chileno?

\* \* \*

La última parte de *Cuando era muchacho*, desde donde refiere su viaje a Valdivia, es la que tengo más anotada y por ella se abre mi ejemplar con mayor frecuencia.

El paso de González Vera por la redacción de "La Voz del Sur" provoca una de las páginas más finas y lúcidas del libro. Aquel director filisteo que traiciona el contenido de las palabras ajenas, que tan orondo repite, me parece sencillamente inolvidable.

¿Cómo no traer a colación el capítulo sobre la teutomanía del diario ante la visita de un Hohenzollern a la ciudad de la lluvia?

"Los alemanes viejos —dice González Vera— cavilando sobre el golpe de muerte que se les venía encima, lloraban en su cerveza".

El análisis que como jugando hace de los gatos pardos, del racismo y la simpatía, irresistible casi, que despierta en él un "refugiado semita" de la época nazi, entraña otro capítulo excepcional.

Su antiguo arrimo a los judíos, de cuyo idioma tiene algún atisbo, sería único de un lado y otro de los Andes, entre los escritores, si no mediara el caso del dramaturgo argentino Edmundo Guibourg.

\* \* \*

El advenimiento del humorismo es síntoma de madurez en cualquier literatura y no deja de serlo en la chilena, excesivamente grave

a lo largo del siglo diecinueve. Sólo en Pérez Rosales, el que trajo a los alemanes a Valdivia, tiene González Vera un relativo precursor autóctono.

Claro que por su fondo hispano, este abolengo puede remontarse hasta el mismo Cervantes, verdadero maestro del género. Con todo, no es fácil dar hoy en España ni en Hispanoamérica con otro ingenio de tanta medida, equilibrio y bondad.

González Vera es un humorista que celebra en apariencia cada día del año alguno de los santos de su nombre; mas sólo en apariencia y con minúscula.

Como los profetas menores de la Biblia, usa de continuo el lenguaje de la bendición y no lo abandona cuando una persona o cosa le merece íntima condena. Por el contrario, con palabras positivas logra su ingenio un efecto más profundo y duradero.

Dentro de su país y de su idioma equivale a los humoristas recordados en el presente trabajo: Anton Chejov, Scholem Aleijem y Thornton Wilder, el de *Heaven's my destination*. Es curioso que, como a ellos, no le tentara el teatro. ¿Será porque había en el tiempo de su formación sólo uno muy esporádico en Chile?

A mi juicio, el humorismo de González Vera no es nunca deliberado. Responde a su temperamento flemático, hasta en su aspecto externo. Es algo consubstancial que puede rastrearse desde su primer escrito y que no termina en el último.

En veinte años de andar con él días, semanas y meses enteros puedo dar fe de múltiples salidas humorísticas no indignas de su pluma.

He aquí un doble botón de muestra que prende a la capa de un prójimo mi propio sayal.

—Santos Chocano, le cuento una vez a González Vera, me ha dicho en el Correo Central, que no hay otro poeta más grande que él en América. Y el humorista, sin aflojar un músculo de la cara, me contesta en el acto como asintiendo:

—¡Qué hombre tan bien informado!

Otra vez le oye decir a un librero que mis primeros libritos sobre

algunas creaciones más o menos gauchas han interesado poco a los chilenos y el pícaro me propone insertar un aviso económico en "El Mercurio" que diga:

Se necesitan lectores para "El espíritu criollo" y "Tres clásicos ingleses de la Pampa".

Leopoldo Castedo no duda de adscribir *Alhué* a los primores de Azorín. Pero González Vera no tiene nada de libresco ni erudito. Pertenece a un tipo de artista cada vez más raro, hijo de su propia obra. Lo que sobre todo interesa en ésta es él mismo, su original personalidad, su clara inteligencia y su invariable buen gusto.